



**ARTISTAS CANARIOS GALARDONADOS  
EN LAS EXPOSICIONES NACIONALES DE BELLAS ARTES**

**ANTONIO DE LA BANDA Y VARGAS**

Conocida es la trascendencia que para el arte español de la segunda mitad de la pasada centuria y primera de la actual, tuvieron las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes que, iniciadas en 1856, se sucedieron hasta 1968 con temporalidad discontinua, aunque generalmente revistió la forma de bianualidad, totalizando un número de cuarenta y siete más la nominada “Un siglo de arte español” que se celebró en 1956 en conmemoración del primer centenario de la celebración de dichos certámenes.

Su historia ha sido minuciosamente descrita por Bernardino de Pantorba, con el título “Historia y Crítica de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes”, en un libro, básico para el estudio del arte nacional del período en cuestión, publicado en Madrid el año 1980. Su interés estriba en que dichas muestras, con todos los defectos que evidentemente, tuvieron, fueron el palenque de exhibición de nuestros artistas plásticos durante siglo y medio así como el laboratorio donde se experimentaron las nuevas estéticas, algunas tardías en su triunfo y otras malogradas por desgracia a causa del conservadurismo inmovilista de nuestros círculos oficiales y de nuestra burguesía, que no lograron imponerse de modo pleno hasta más o menos avanzada la década de los sesenta de nuestro siglo dada la aludida nota inmovilista imperante en los jurados de admisión y recompensa en cuyas manos residían los mecanismos que regulaban estas últimas.

Eran estas, muy cotizadas por cierto por parte de los artistas concurrentes ya que su posición los consagraba en el seno de la España oficial y les proporcionaba la necesaria clientela, la Medalla de Honor que tenía un régimen especial de concesión y que en bastantes ocasiones quedó desierta; la primera, segunda y tercera que constituían el marco habitual de galardones; las Menciones Honoríficas, Condecoraciones y Bolsas de Viajes, que se entendían como premios de consolación, así como los otorgados

en algunas ediciones del certamen por Corporaciones públicas nacionales.

La evolución estética y estilística que se aprecia en la curva evolutiva de los mismos, abarca desde las últimas manifestaciones del romanticismo hasta posiciones tangentes a las vanguardias triunfantes durante la etapa final de estas muestras, pasando por el historicismo, sin duda alguna su estilo más representativo pues no solo signó su nacimiento sino que a la filosofía que en ellos imperaba a la hora de discernir las recompensas debió su larga perduración en el seno del arte español, el naturalismo, el *tableautín*, el realismo costumbrista, el de carácter social, el afín a los principios estéticos del novecentismo, tal vez junto con el historicismo y el *tableautín* el género más perdurable de la muestra, así como el impresionismo, el luminismo y los movimientos connotados por el modernismo; estilísticas estas que no solo afectaron a la pintura sino que estuvieron, igualmente presentes en la escultura, el dibujo, el grabado, los proyectos arquitectónicos y las artes decorativas.

Como era lógico, a estos certámenes acudieron los artistas nacidos o vinculados al archipiélago canario, aunque en número nada elevado habida cuenta de la lejanía geográfica y de la dificultad y coste de los envíos a Madrid, quienes, en número tan poco elevado, lograron las aludidas recompensas así como las secuelas de las mismas conllevaban en la sociedad española del momento.

Dicho número totaliza la cifra de quince. De ellos diez lograron recompensas en la Sección de Pintura, uno en la de Escultura, otro en la de Grabado, otro en la de Dibujo, otro en la de Arquitectura y otro en la de Artes Decorativas. En cuanto a la índole de las aludidas recompensas estas se distribuyen así: ninguna Medalla de Honor, dos primeras, cuatro segundas, cinco terceras, tres Menciones Honoríficas, dos bolsas de viaje y un premio de los concedidos por las Corporaciones oficiales.

Los artistas recompensados fueron: en pintura, el insular adoptivo Aguiar y el tinerfeño Toledo; ambos con Primera Medalla; los pintores Rodríguez, Báez y Toledo, el escultor Perdigón y el arquitecto Martín Fernández de la Torre con segunda; los pintores Aguiar, Rodríguez, Báez y Romero Mateo así como los grabadores Nestor y Arozena con tercera; el pintor Alfaro, el dibujante Manchón y el artista decorativo Eduardo Tarquis con Mención Honorífica; los pintores Cossío y Peñuelas con Bolsa de Viaje y el pintor Sureda con el premio del Ayuntamiento almeriense.

Pasando al estudio de la aportación de éstos artistas así como de la particularidad de sus respectivas recompensas, me parece que el método más indicado es el de glosarlos alfabéticamente dentro de cada una de las secciones en que se dividía a efectos de organización cada uno de los



certámenes. De acuerdo con ello, la nomina se inicia, dentro de la Sección de Pintura, con el excelente pintor José Aguilar García (1898/1977) que, aunque nacido en Cuba se consideró siempre canario de adopción y al mecenazgo de los Cabildos Insulares debió algunas de sus más importantes ayudas o más altas recompensas como, por ejemplo, la beca que le concedió el gomero en 1929 para que estudiase tres años en Italia o el premio que, en unión del Ayuntamiento de Las Palmas, le concedió el gran canario el año 1957. Su Tercera Medalla la alcanzó en la Nacional de 1926 con el lienzo titulado "Figuras de pueblo", en el que logró un interesante estudio psicológico de tipos insulares, que fue adquirida por el Estado, por lo que debe encontrarse en los depósitos del Museo de Arte Contemporáneo si es que no se halla en algún organismo oficial que desconozco, y que mereció altos elogios en la crítica del momento como lo demuestra el calificativo de "*sobresaliente*" que le otorga Pantorba así como la afirmación de que representaba un gran paso en la evolución del autor. Tres años después se le concedió la Primera Medalla por su excelente cuadro "Mujeres del Sur", soberbio estudio de dos desnudos femeninos ignominiosamente oculto en el depósito del Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla al que fué enviado en la década de los sesenta, con el que demostró sus dotes de dibujante y de hábil compositor así como su valiente y exquisita cromática al par que puso de manifiesto el feliz equilibrio entre clasicismo y modernidad a que había llegado a los treinta y un años hasta el punto de hacer totalmente veraz el juicio de la crítica cuando afirmaba, en relación con esta última obra, que su producción "*se asienta en el dibujo, en la construcción esta despreocupada por alcanzar formas, volúmenes; tiende con frecuencia a la composición aparatosa; se recrea en el desnudo, de técnica muy trabajada, insistida; atormentada a veces.....*". Por último anotaré que, en 1957, presento el lienzo titulado "Vecchia Roma" que, aunque no logró recompensa alguna, tuvo algún éxito aunque, también, fue criticado como lo acredita el juicio de Pantorba cuando dice, tras calificarlo de "*más ambicioso que logrado*", que sus figuras no forman una verdadera composición sino más bien "*una aglomeración*".

El excelente paisajista santacrucero Don Nicolás Alfaro y Brieva (1837/1905), uno de los más cualificados Numerarios de la Academia de Bellas Artes de San Miguel Arcángel, tuvo una Mención Honórica en la Nacional de 1867 por el conjunto de las obras presentadas entre las que había bellas muestras de la magnífica naturaleza insular así como algunos buenos retratos por los que, cinco años antes, había sido premiado con Medalla de Bronce en la Exposición Canaria. Del mismo modo el también santacrucero Juan Botas que tanto destacó como caricaturista, logró otra



en el certamen de 1908 así como tuvo una benévola crítica. En la del año 1930, otro santacrucero Rafael Peñuelas Fernández, obtuvo una Bolsa de Viaje.

Mayor enjundia tuvo, en razón a las recompensas otorgadas, la aportación del pintor de Las Palmas José Guillermo Rodríguez Báez, que se había formado en el Liceo Michelet de París, pues alcanzó una Tercera Medalla en la del año 1952 y una Segunda en la celebrada cinco años más tarde; logrando la primera de las mencionadas recompensas por su cuadro "Cargando costales", inmerso en la problemática del realismo social, en el que manifestaba lo correcto de su factura y su nada común habilidad para la composición así como la segunda con el titulado "Viejo vagón de ganado" en el que, con modernidad de factura, hacía patente su adscripción a un realismo de corte un tanto pesimista. También la tuvo, evidentemente la del novecentista santacrucero Angel Romero Mateo, discípulo de Soroya, que logró dos Terceras Medallas —una en 1901 y otra tres años más tarde, por sus bellísimos lienzos "Hogar canario" y "Escenas canarias", respectivamente y en los que dió una muestra tanto de su habilidad para la composición cuando de la variedad y riqueza de su cromática, inserta plenamente en el luminismo de su maestro, al par que se reveló como un cantor de la realidad canaria, cuya psicología señaló con exacta precisión, con un lenguaje expresivo de acentuados matices líricos. En cambio fue más modesta la aportación del aruquense Guillermo Sureda Arbelo, habitualmente residente en Puerto Rico, a quien se le dió el Premio del Ayuntamiento de Almería en la muestra del año 1960.

En cambio fue brillantísima la del tinerfeño de Villa de Mazo Gregorio Toledo Pérez; Catedrático de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid en la que se había formado y concurrente asiduo a estos certámenes a los que envió obras en diez ocasiones, que obtuvo Segunda Medalla en el de 1943 y Primera en el celebrado dos años después. La primera de dichas recompensas la logró por su cuadro "Remanso", luego adquirido por el Estado, que fue considerado por la crítica como una especie de carta patente de su acertada incorporación al alto estamento de la pintura española, ya que fue se dijo que lo hacía "*con acusada personalidad a la juventud artística*" por la fuerza expresiva de su lenguaje, la sobriedad pero a la vez riqueza de su cromática y la modernidad que entrañaba su mensaje. El segundo, prácticamente el de más alcance de los discernidos en dicha ocasión por su precioso lienzo "Visita", también adquirido por el Estado para el Museo de Arte Contemporáneo, modelo de corrección formal y de sobrio realismo así como botón de muestra de su nada común habilidad para la composición. La obra, en la que la luz juega un papel importantísimo y a la que se trata con delicada justeza,



representa un sobrio interior en el que, protagonizada solo por personajes femeninos que aparecen ataviados con pintorescos trajes regionales, se desarrolla el complicado rito del visiteo, tan propio de las costumbres españolas de antaño, personificado por cuatro mujeres dos de las cuales —las visitantes— se tocan con unos elegantes sombreros de copa mientras que las otras dos —las que reciben— aparecen de espaldas al espectador, sentada la mayor y en pie junto a ella la más joven; todo ello con sencillez de lenguaje y ambientación pero con harta expresividad y sabio juego de masas y volúmenes. De ahí que le cuadre a la perfección el juicio de Lafuente Ferrari: *“La luz de su pintura es suave y envolvente y define las formas con esa vaporosidad que evita las líneas, las disuelve en pura luz y armoniza de este modo con la contenida intimidad de sus modelos”*. Lástima que no alcanzase la Medalla de Honor, a la que se presentó el año 1964 en unión de los también pintores Francisco Núñez Losada, Francisco Soria Aedo, Luis Muntané, Gregorio Toledo, Enrique Segura Iglesias y Julia Minguillón y que resultó desierta, pues hubiera sido un digno y merecido remate a su carrera artística.

La Sección de Escultura sólo contabilizó la Segunda Medalla obtenida, en 1922, por el orotavense Jesús María Perdígón Hernández, docente de la madrileña Escuela de Artes y Oficios y crítico de arte bajo el pseudónimo de Perdreau, por su preciosa obra “La niña ciega” con la que, al par de demostrar lo exquisito de su oficio, puso de manifiesto su afición al realismo costumbrista de tono sentimental. Dos fueron los galardones alcanzados en la de Grabado: la Tercera Medalla que se dio a la grancanaria Carmen Arozena Rodríguez en el año 1960 por su obra “Géminis”, ejecutada al aguafuerte con resina, que mereció elogiosa crítica por lo moderno de su concepto y la perfección de su factura y, curiosamente la también Tercera que recibió el insigne pintor de Las Palmas Nestor Martín Fernández de la Torre (1887/1938) en 1915 por la titulada “El Garrotín” que fue, *“por su atrayente barroquismo, pleno de audacia y originalidad”*, muy celebrado por la crítica. Curiosamente, insisto, este gran maestro no obtuvo nunca, pese a haberse presentado a las de los años 1904 y 1924, recompensa alguna en la Sección de Pintura pese a la calidad de su producción y pese a que la crítica lo calificó como *“el pintor canario de mayor categoría”*.

En dibujo sólo cabe citar la Mención Honorífica lograda por el lanzaroteño Ramón Manchón Herrera, tantos años empleado en la Dirección General de Bellas Artes. Otra fue alcanzada en la Sección de Arquitectura: me refiero a la Segunda Medalla que obtuvo el hermano de Nestor, Miguel Martín Fernández de la Torre, el año 1922. Por el proyecto de monumento al navegante Juan Sebastián Elcano en Guetaria, muy a



tono con los gustos imperantes en la España del momento. Finalmente, hubo otras dos recompensas en la Sección de Artes Decorativas: la Bolsa de Viaje alcanzada en 1930 por Mariano de Cossío y la Mención Honorífica del santacrucero Eduardo Tarquis Rodríguez, docente en la Escuela de Artes y Oficios de la capital tinerfeña, en la muestra del año 1908.

Tal es el balance de las recompensas conseguidas por los artistas insulares en el marco de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes durante su centenaria existencia; balance positivo pese a la corta presencia de concurrentes, por la categoría estética de las obras presentadas así como por el número de galardones alcanzados y sobre todo porque su presencia en las aludidas muestras sirvió para poner de manifiesto ante propios y extraños el buen hacer de la creatividad artística insular.

